

Novela Un viaje místico nos encamina al núcleo de un arte religioso

Santos de madera

Sergio Chejfec
Baroni: un viaje

CANDAYA
192 PÁGINAS
14 EUROS

J.A. MASOLIVER RÓDENAS

Toda obra de ficción en lengua castellana que se sale de lo convencional y que, sin embargo, es heredera de la mejor tradición literaria, tiene a Jorge Luis Borges como obligado punto de referencia. Sergio Chejfec (Buenos Aires, 1956) ha declarado en una de sus siempre lúcidas entrevistas: “Creo que la literatura, si sirve para algo, es para complicar lo existente. Yo no me podría plantear una lectura que busque simplificaciones”. Una lección que ha encontrado a maestros como Juan José Sáer y Ricardo Piglia y que comparte con compañeros

Sergio Chejfec crea una trama fascinante situada en la región de Trujillo que carece de desarrollo y desenlace

de generación como Luis Chitarroni, Sergio Bizzio o Alan Pauls, del que Anagrama acaba de publicar su *Historia del pelo*. Literatura sin concesiones en la que le acompañan otros autores publicados por Candaya, como los venezolanos Ednodio Quintero o Victoria de Stefano. Y *Baroni: un viaje* tiene mucho de venezolano. Chejfec, otro argentino en el exilio, vivió en Caracas durante quince años –en parte como rechazo a la presidencia de Menem– antes de instalarse en Nueva York. La protagonista, Rafaela Baroni, es venezolana, y venezolanos son los artistas a los que rinde aquí homenaje.

La palabra *viaje* resume toda la trayectoria de Chejfec como narrador y poeta. Hay un punto de partida que podríamos considerar como machadiano. El camino invita a la meditación y a su vez medita, del mismo modo que en la obra de Baroni hay una comunión entre religión, naturaleza y arte y se acerca a la experiencia mística que, como en el caso de Santa Teresa de Jesús, no rechaza lo cotidiano. El camino invita a la observación y la reflexión, lo que explica que, en Chejfec, la trama esté al servicio del pensamiento y se convierta casi en un pretexto: no hay un desarrollo



propriadamente dicho ni un desenlace como lo pide el canon de la novela tradicional. Es el caminante que pudimos conocer en *Mis dos mundos*, publicada también por Candaya en el 2008, un itinerario por el sur de Brasil. Sólo que ahora se trata de un viaje en el sentido más complejo de la palabra: viaje por el estado de Trujillo, en la región andina de Venezuela, en busca de la adivina, milagrera, tallista, pintora y escenificadora de obras de teatro Rafaela Baroni, pero que también es comunión con la naturaleza y reflexión sobre el arte, la vida, la decadencia y la muerte, identificándose así con la artista andina. De este modo, la novela es a un tiempo una biografía, una novela de viaje y un ensayo.

Sería absurdo deducir que, porque se trata de una novela que rompe con lo convencional, resulta árida o demasiado cerebral. Y no puede serlo porque el personaje que ha elegido no lo permite. Baroni, nacida en 1935, no posee una verdadera educación artística, sus tallas religiosas nacidas de su fe apasionan al agnóstico Chejfec, que descubre en ellas la inocencia en el origen del arte y su trascendencia humana y espiritual. Y, por supuesto, la relación con las experiencias de la artista, que tuvo varios ataques catalépticos, que se quedó ciega para recuperar milagrosamente la vista y que murió para regresar de nuevo a la vida. Morir para vivir. De este modo, las tallas –la mujer en la cruz, la Virgen del Espejo, el santo médico– son el verdadero entramado de la novela. Y a este entramado se suma la presencia de artistas –poetas, escultores, novelistas– cercanos a ella o al propio Chejfec. Un personaje fascinante, rodeado de una naturaleza fascinante, nos lleva a una novela fascinante. |

Los personajes de la novela encauzan sus pasos hacia la meditación y los vínculos con la naturaleza
GETTY IMAGES